

Entre dudas e interrogantes

Hermila Pizaña

Un amanecer del nuevo siglo XX1, me sorprendió al lado de mi familia con una noticia inesperada que nos estremeció y sacó de la tranquilidad que gozábamos tiempo atrás. En el año 2000, la vida me colocó en una situación de ventaja o desventaja en relación con mi salud, desde entonces navego entre dudas e interrogantes sobre el futuro que me espera y los años que me quedan de vida. Hemos tenido el tiempo necesario y suficiente para digerir y asimilar la realidad en familia y, sobre todo, aceptar que la medicina ya hizo por mí lo que debía hacer y que ahora mucho depende de mis cuidados y atenciones, y de su apoyo, para que mi vida se prolongue un poco más.

Me ha costado trabajo renunciar a algunas cosas que la naturaleza nos ofrece, por ejemplo: al sol por su calor, al aire por la sensación de aliento y libertad que nos hace sentir, a la brisa de la mañana por su frescura, a la lluvia por su humedad y al frío por sus extremos.

No me he dedicado a culpar, ni a maldecir, ni a poner pretextos ni justificaciones. He aceptado con resignación, con fe y cuidados una enfermedad silenciosa que día a día va mermando mis condiciones de salud. Mi carácter, los deseos de vivir, el apoyo y el amor de mi familia han sido determinantes para subsistir y mantenerme en pie de lucha y firme ante la adversidad.

Intento cada día realizar mi vida en forma normal, pero pronto me doy cuenta de mis limitaciones. En mi concepto de vida no cabe la palabra "cansancio", pero sí en mis condiciones reales. A veces rebaso lo permisible o lo que me es dable, para tratar de hacer la vida más grata, pero luego sufro las consecuencias.



He dejado de hacer algunas cosas que me gustan, como viajar y conocer otras latitudes y lugares; aprender un poco la historia de los pueblos en voz de sus moradores; y observar sus costumbres, los vestigios y las reliquias de su pasado. Antes disfrutaba de la entrada de la primavera y resurgía tan vigorosa como la tierra en todo su esplendor. Lo mismo sucedía en la temporada de verano: en el follaje majestuoso de los árboles, veía a las aves revoltosas que giraban de un lugar a otro y me contagiaban su inquietud, con la espectacularidad de sus movimientos y de sus parloteos.

El otoño siempre ha sido fascinante para mis pupilas; es un gran deleite admirar el colorido de su paisaje y percibir el movimiento ruidoso de las aves que empiezan a emigrar. Siempre me atrajo el frío paisaje del invierno y las prendas de vestir de esa temporada; pero más los deliciosos aromas caseros que, cálidos y apetecibles, escapan por puertas y ventanas alterando de inmediato mis papilas gustativas.

Hoy todo me afecta o hace daño: la primavera porque me causa serias alergias por el proceso de la floración y los componentes tóxicos del ambiente; el verano porque el sol provoca graves trastornos a mi piel y a mis ojos; el invierno por sus condiciones climáticas extremosas. De tal manera que necesito estar casi siempre guardadita y tranquila en mi casa.

Hoy camino al amparo y la luz de mis sueños ya hechos realidad y con la esperanza de concretar otros más. A veces me apropio de los que no me pertenecen, como son los de mis hijos, y me dejo llevar con su vuelo y la inercia de sus realizaciones. Me desplazo feliz y contenta por sus logros y luego quiero volar con ellos, con alas de ave sedienta que desea ir más allá de lo que le es permisible o realista ejecutar. Mis esperanzas a veces las convierto en decisiones porque creo y siento que aún puedo hacer algunas cosas que no sean tan complicadas y, si lo son, las realizo con el apoyo o la orientación de mi familia.

Hoy no planeo, ni añoro, ni doy cabida a lo innecesario. Vivo el día, el momento y las circunstancias que la vida me ofrece.



Lo poco que realizo lo hago con amor, con el corazón, con paciencia y a veces con intensidad. Me veo en cada día, en cada noche, en cada amanecer y trajino, como rastra del viento que me enreda en sus vaivenes. Me miro en el tiempo, tesoro piadoso de los años que me quedan, entre los destellos luminosos y necesarios de los que viven a mi lado. Me veo en ellos, en mis soles que nacieron con luz propia y en mis seis pequeñas estrellitas que con su luz y el calor de sus manos, me hacen olvidar lo que me atrofia o causa daño.

Antes, cada fin de año sacudía y preparaba las maletas para recibir el siguiente y con él los buenos deseos, que no se hacían esperar ¡Que Dios te dé muchos años de vida! dice la gente. Hoy no pido tantos y doy gracias al Creador por cada año que termino y el don de iniciar el que principia. Que me conceda el tiempo que debo de estar cerca de los míos y de lo que me gusta hacer: escuchar las voces y sonrisas infantiles de mis “princesitas” Nicole, André, Luisa Fernanda, Megan, Diana Paola y Hannah So´hue; y sentir la presencia y fortaleza de Enrique, Fabián y Georgina, que son las razones de mi existencia. De la misma manera espero se me conceda contar con el apoyo de mi madre y mis hermanos, que han sido el otro sostén importante en mi vida.

Quiero disfrutar los años que me quedan en el amanecer de cada día, de cada mes, de cada año y sentir el placer de un vaso de agua fresca que recorre mis débiles entrañas en momentos de sed. O disfrutar la brisa cálida de los amaneceres que ponen fin a mis aletargados sueños, cada vez más constantes.

Quiero trascender en la vida por la familia que con aciertos o desaciertos he construido, por mis acciones, por mis ideas; y ganarme un espacio del tamaño y dimensión que la sociedad me quiera otorgar, a partir de mis modestas acciones. En el tiempo que me queda de vida, que puede ser mucho o poco, voy a luchar de la misma manera, pero con más intensidad, para lograrlo y merecerlo.